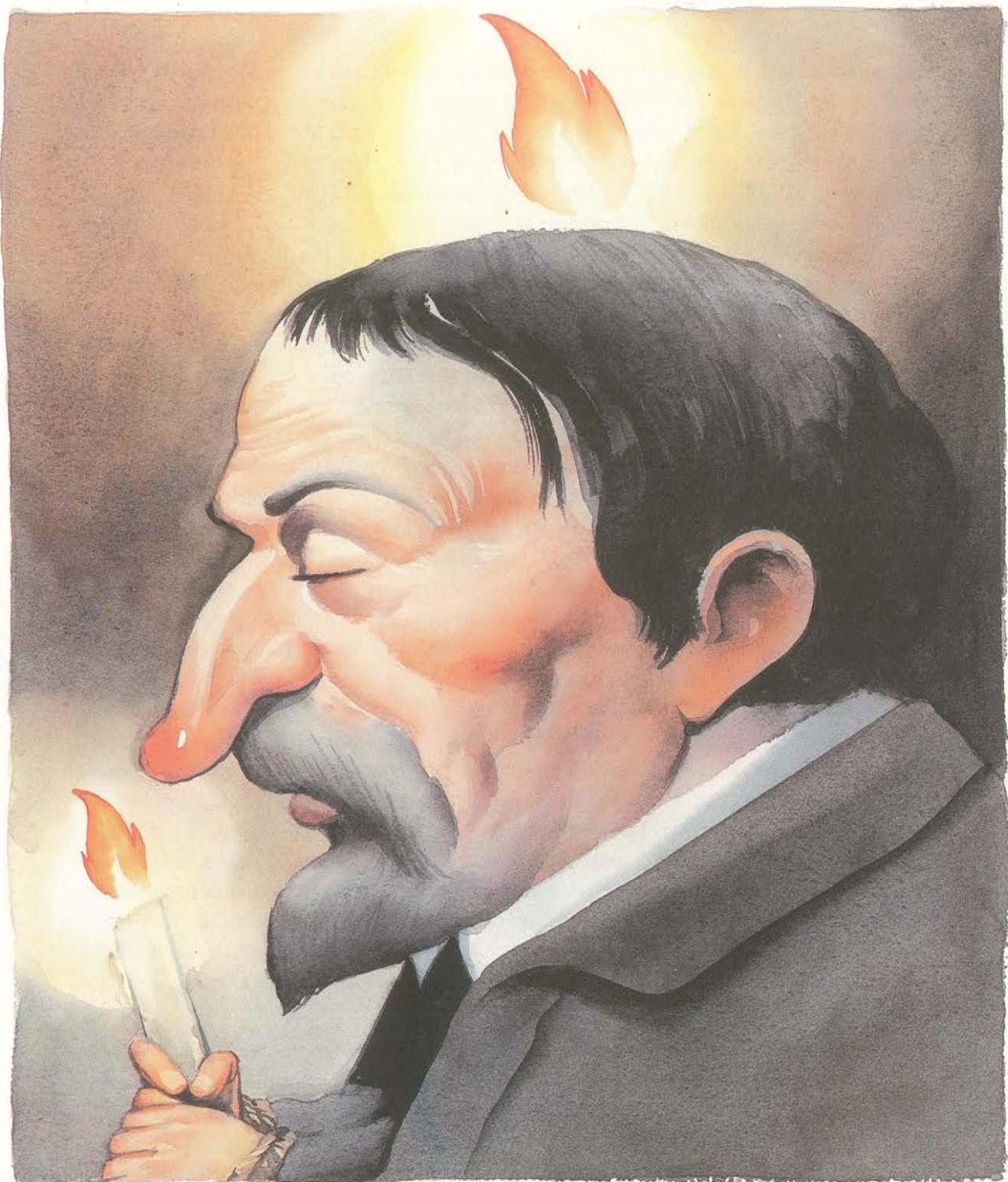


MIGUEL DE MOLINOS, EL TORMENTO DE LA NADA

F

ue una elección imprevisible y extraña. ¿Quién conocía al sacerdote Miguel de Molinos, cuáles eran sus preces? Sólo unos pocos no ignoraban su procedencia (había nacido entre oliveras y centenos, en los páramos de Muniesa) o lo habían visto a la atardecida, hundido en el confesionario, esperando a una monja con los ojos fijos en un retablo de maderas doradas, purpurinas, ángeles extáticos y un santo rodeado de canes. Otros lo habían escuchado en los oficios y habían descubierto una voz cristalina y melodiosa, un fraseo lleno de elegancia y el don de la gracia. Sí, pero ¿quién era en realidad aquel hombre más fornido que enjuto, barbado y dócil, embebido en sí mismo, que practicaba toda clase de penitencias y pertenecía a la misteriosa Escuela de Cristo? Había algo enigmático en su proceder. Se decía que frecuentaba conventos y oratorios restringidos, junto a otros clérigos jóvenes, y ni siquiera se podía confirmar que se hubiese doctorado en la universidad de Coimbra. Su cometido en Roma no era nada fácil. El Cabildo de Valencia lo acababa de nombrar procurador en la ciudad eterna con el objetivo de que acelerase el proceso de beatificación de Francisco Jerónimo Simón de Rojas, un sacerdote que falleció prematuramente en aromas de santidad, en cuya causa había intercedido el propio Felipe III. Antes de su partida, habló con testigos, con los monjes de los sagrados recintos, con sus compañeros de sacerdocio, con sus fieles más devotos y las autoridades de la provincia. Vacío archivos, bibliotecas y ermitas. En menos de un mes logró hacerse un retrato exhaustivo del futuro beato. Simón de Rojas había arriesgado su vida por los pobres, los incrédulos y las prostitutas, y había combatido una espantosa peste que dejó en las márgenes del Turia una gavilla de cadáveres tumefactos. No sólo era un hombre dadivoso y ejemplar, de comunión diaria, que observaba con pureza los preceptos divinos, sino que había obrado milagros bajo la fronda de los naranjos y la alargada sombra de la palma.

Molinos llegó a Roma en 1663. Contaba 35 años. Se instaló en el Corso, una zona más bien húmeda e insalubre de terrazas y casas desconchadas, de la que no tardaría



GVIA ESPIRITVAL Q^e
desembaraza al alma, y la conduce por el interior camino, para al
cançar la perfecta contemplación, y el rico tesoro de la interior paz

en mudarse. Inicialmente entró en contacto con el Papa Inocencio XI, el cardenal de Aragón, el embajador español, y otros altos cargos del clero. Se presentó como un heraldo de España, un mensajero del monarca y de la iglesia, cuyo cometido era acelerar la santificación de Simón de Rojas. Aunque con el paso de los años, fue desviándose de su objetivo. Otra vertiente de su personalidad eclipsó el empeño de esa misión. Desde los primeros tiempos decía misa en tres y cuatro iglesias a la vez, pero además era asiduo en otros templos donde solía propagar las doctrinas del quietismo. Parece más que probable que el presbítero aragonés conociese los libros de dos de los promotores de aquel movimiento tan vinculado a los heterodoxos y a otras agrupaciones de *iluminados*, condenados y perseguidos por la Inquisición. Se trataba de Juan Falconi y Gregorio López, cuya máxima «Hágase tu voluntad en tiempo y eternidad» era muy del gusto de Molinos. En Roma se encontró a sus anchas. El quietismo, que proponía una resignación perfecta a la voluntad de Dios, se había extendido en Italia con gran rapidez y vivía un momento de expansión imparable. Durante sus ceremonias, Molinos era austero, casi escueto en sus discursos y en sus movimientos, tacaño en genuflexiones, pero al concluir el rito, a modo de epílogo, ofrecía a sus seguidores una conferencia espiritual en la que abordaba conceptos como el «tránsito a la felicidad inefable a través de la soledad interior» o «la quietud del espíritu que no se opone a nada». En más de una ocasión tuvo serias discusiones con los párrocos y los sacristanes porque quería mantener las iglesias abiertas hasta entrada la noche, una vez que se habían terminado los oficios. Ese afán levantaba sospechas y desconfianzas, y se veía forzado a marcharse a un nuevo templo. Despaciosamente, fue surgiendo a su alrededor una grey abundante de mujeres sojuzgadas cuyo fervor rozaba el fanatismo. Se convirtió en un elogiado maestro, en una autoridad espiritual. Lo buscaban por todos los rincones: en las sacristías de las capillas, en las mansardas de la ciudad, en las escalinatas, en los jardines y en las fuentes de mármol, en el secreto e interior camino de la noche. En más de una ocasión, arrastradas por su verbo humanado y muerto de amor, las damas emprendían una peregrinación silenciosa hacia su casa de las afueras para narrarle sus cuitas, un ardor incontrolable o una fiebre de pasión adúltera. Molinos, con candor y convicción, les decía: «No está la dicha en gozar, sino en padecer quietud y resignación. La tentación es un camino. La mejor tentación es estar sin tentación».

Ya no le importaba nombrar a Falconi y Gregorio López. Desde el púlpito leía sus obras y repartía copias de sus principios. Hacía años que no se había visto en la urbe eterna a un clérigo como aquél. Embelesaba a la población y, con su lenguaje diáfano y hermoso, con su timbre cálido y protector, turbaba su entendimiento. Era como si su voz fuese un narcótico dulce que transportase a la muchedumbre en volandas y contra su voluntad a un bosque rumoroso de cedros, céfiros y pájaros celestiales. La aparición, en 1675, de sus libros *Breve tratado de la comunión cotidiana* y la *Guía espiritual* marcó el momento de su grandeza. El efecto que provocaron fue inenarrable, especialmente la *Guía*, un volumen de espléndida prosa, vigorosas imágenes y

limpidez conceptual, donde recogía sus teorías para «desarraigar la rebeldía de nuestra propia voluntad para alcanzar la interior paz». El volumen, en apariencia, no contenía herejía alguna ni intenciones heterodoxas. Al menos, no se las vieron los distinguidos prologuistas que presentan la obra. Era como una morada de diafanidad y tersa elocuencia que albergaba la contemplación, la interrupción de la actividad y la apología de la nada. Parecía continuar sendas holladas por Santa Teresa de Jesús y Fray Juan de la Cruz en sus poesías y en la *Subida al Monte Carmelo*.

Miguel de Molinos se transformó en un príncipe de la fe en Roma en busca de una calma perfecta e inmutable. Se desbordaron todas las previsiones y se le abrieron todas las puertas. Lo llamaban desde los salones de la nobleza, los condestables, las señoras de alcurnia, los sacerdotes, los monasterios. El pontífice Inocencio XI le ofreció su amistad y alabó la desnuda concentración de su escritura, la concisión inusual de su idioma. Su nombre circulaba de boca en boca y, era tanta la afición que se le tenía, que a menudo se producían desmayos durante sus sermones, estados de arrobamiento incontrolado e impredecible, vahídos y el vértigo de quien intuye que está a punto de levitar o de alcanzar el éxtasis. El arzobispo de Palermo, Juan de Palafox, recomendó su *Guía espiritual* a sus feligreses y le presentó a Cristina de Suecia, la reina destronada que se había exilado en Roma. La soberana ilustrada lo invitó a su palacio y fue de las primeras en abrazar sus doctrinas. Miguel de Molinos se quedó asombrado ante sus riquísimas bibliotecas, repletas de manuscritos dedicados de Descartes, cartas de amor del embajador español Pimentel; su pinacoteca también era extraordinaria y contaba con piezas de Leonardo, Piero della Francesca o el propio Mantegna, y dibujos ocasionales de Sandro Botticelli o el primer Rafael de Urbino. Molinos aún reconoció en ella una beldad antigua, una gran fortaleza de carácter y una inteligencia abrumadora. Interrumpieron bruscamente sus encuentros, pero establecieron un fecundo epistolario en el que ambos disertaban sobre el limpio y ardiente deseo de promover la perfección cristiana. Miguel de Molinos recibía cartas de toda Italia, ruegos y visitas, y sus libros empezaban a traducirse en Inglaterra y Alemania. Alguno de sus biógrafos ha relatado que poseía una extraña habilidad para captar adeptos. Aseguran que, al principio, se ofrecía con vehemencia, luego parecía retraerse atacado por un raptó de pudor, pero de nuevo era reclamado como director espiritual y así, mediante la astucia, agregaba un nuevo devoto a su causa.

Sus detractores iniciaron la persecución. Durante años se produjo un agrio intercambio de folletos teológicos. La disputa resultaba arcaica: la autoridad eclesial se enfrentaba a la mística y a la visión luminosa. Los jesuitas lo atacaron con especial virulencia y con toda suerte de argumentos. Molinos les replicó con una defensa de la *Guía espiritual*: *Cartas escritas a un caballero español desengañado para animarle a tener oración mental, dándole modo para ejercitarla*. Las controversias se dilataron durante más de un lustro, pero la celebridad de Molinos no decaía. Superaba con gallardía las astucias, los enredos y las sutilezas, a pesar de que sus enemigos le dedicaban párrafos que orillaban la calumnia. «Molinos es un sensual más o menos

anormal», subrayaban. La maquinaria de una fe oscura se puso en marcha. Los que hasta entonces no habían visto significaciones herméticas ni mensajes heréticos en sus textos, los que habían considerado su manual vinculado a San Juan de la Cruz, cuyo proceso de beatificación se dirimía en aquel preciso momento, ahora adivinaban la sierpe de la sinrazón y la diabólica lujuria en cada una de sus frases. Algunos cardenales, como el napolitano Domenico Caracciolo, denunciaron ejemplos de aristócratas que estaban dirigidas por él desde Roma; añadía que habían perdido el sentido de la realidad, que hacían dejación en su vida conyugal y maternal, y que estaban encadenadas al frenesí molinosista. Otros describieron el tropel de damas histéricas que le rendían un culto desmesurado en cualquier lugar. Y otros denunciaban su inclinación voluptuosa, una sospechosa y abyecta conducta que no excluía excesos sexuales, comportamientos infames e incluso muestras aberrantes de zoofilia.

La inquina crecía en su entorno. El sacerdote estaba a punto de bajar a los infiernos. De golpe, como si hubiese una conjura general contra él, fue hecho prisionero en su residencia del barrio Rei Monti por el Santo Oficio. El 18 de julio de 1685. Detrás de esa decisión se acumulaban muchas circunstancias: la denuncia de su otro amigo César d'Estrées, embajador de Luis XIV; el malquistamiento de éste contra el papa Inocencio XI, la revuelta teológica de los jesuitas y el cómplice y calculado silencio de la monarquía española. Fue el propio Carlos II quien le ordenó al delegado español Bernaldo de Quirós que no favoreciese la libertad del preso si no quería enojarlo muy gravemente. La operación fue veloz e impensada. Le confiscaron todos sus papeles, su vastísimo epistolario, etc. Afirman que intentó ganar tiempo y despistar a la guardia con un discurso brillante y anecdótico, pero al final cedió y se dejó conducir hasta el domicilio de la Inquisición, al otro lado del río Tíber. En un principio, las protestas fueron unánimes, aunque poco a poco el temor invadió a sus amigos y acólitos y el presbítero español tuvo que enfrentarse a su infortunio en completa soledad. Hasta la propia Cristina de Suecia arrojó al fuego las misivas que poseía de Molinos y siguió el proceso con distanciamiento, con frialdad. Duró dos años completos. Se analizaron más de doce mil cartas que había cursado o recibido a propósito de arduos conflictos de conciencia, llamaron a declarar a setenta testigos, sin embargo los testimonios más definitivos correspondieron al parecer a 23 mujeres, *prima donnas* en su mayoría, a las cuales sus doctrinas les sirvieron para aliviar su falta de escrúpulos lascivos. Los jueces del tribunal recogieron un total de 263 proposiciones heréticas, que se redujeron a 68, pero la materia estrictamente doctrinal era difícil de penalizar. Comprendía apartados de signo etéreo y escurridizo, párrafos desasidos del divino y ardiente rayo que no habían escandalizado al propio pontífice años antes. Además, tenían una inequívoca correspondencia en la espiritualidad española y en figuras como San Juan de la Cruz. Así, a falta de sólidos argumentos de doctrina, el proceso se convirtió en un examen de moral y hábitos sexuales. O en lo que José Ángel Valente ha llamado el «escatológico esplendor de la Roma barroca». Los cardenales pusieron sobre la mesa un espeso catálogo de aberraciones. Hablaron

de excitación y de orgasmos de mujeres durante la micción, de prácticas de bestialismo con jumentos, de roces, tocamientos y rasurados en las zonas públicas, de exhibiciones de desnudos corporales por las estancias, de abusos deshonestos con sirvientes, y de eyaculaciones. Pese a todo, tras husmear en su vida en España y en sus costumbres romanas, no se pudo probar ningún pecado carnal, salvo alguna relación —según un biógrafo, «de escasa importancia»— con algún niño. El juicio fue más que nada una respuesta prosaica y ruin a un hombre que intuyó la crisis de la espiritualidad católica de su tiempo. Inocencio XI lo condenó a cadena perpetua, pero lo obligó a retractarse de sus errores ante el mundo.

Miguel de Molinos no se inmutó. Recibió la sentencia con una actitud digna, aunque con su talante opaco, emboscado en un tormento recóndito. El acto de abjuración se celebró en la iglesia de Santa María de Sopra Minerva en septiembre de 1687 y fue uno de los acontecimientos más multitudinarios de Roma. Lo condujeron en carroza de crespones del Santo Oficio y cruzó el Tíber. Vestía un saco amarillo, con una cruz roja en el centro del pecho. La gente lo perseguía por las calles y aullaba: «A la hoguera, a la hoguera». Se arrodilló con un cirio encendido entre las manos. Y así, imperturbable y sereno, oyó a los cuatro frailes que se alternaron a lo largo de dos horas para leer el voluminoso extracto de sus pecados y sus herejías. Con sus ojos cenagosos, vio a la nobleza que lo había cobijado en sus cámaras y salones; distinguió a los traidores, a los cobardes, a los miserables; reconoció al clero, al tribunal: aquellos que se empecinaban en la constatación paulatina de su fracaso. Se retractó sin convencimiento y pareció aceptar su descrédito, las ofensas, aquel exorcismo caprichoso que sólo pretendía amortajarle el alma. Volvió a la prisión sin perder su compostura, la leve arrogancia de su dignidad ultrajada y aquel rostro mudo, apacible, circunspecto, traspasado por un fulgor de inocencia.

Luego, cuando cerraron los postigos y resonaron las aldabas, se sentó a morir sobre un camastro, sin rencor, sin dudas y sin remordimientos. ☛

